

I. DIVERSOS CAMINOS PARA LA INTEGRACIÓN

*Dr. Ignacio Medina Núñez**

"Todavía hoy, los latinoamericanos vivimos como si fuéramos un archipiélago de islas que se comunican por mar y por aire y que con más frecuencia se vuelcan hacia afuera, a los grandes centros económicos mundiales, que hacia dentro. Las mismas fronteras latinoamericanas corriendo a lo largo de la cordillera desértica o de la selva impenetrable aislan más que comunican y raramente posibilitan una convivencia masiva. Pese a estos factores de diversificación, un motor de unidad e integración opera en América Latina, tendiente a uniformarla y unificarla. Ello deviene de que sea el producto de un mismo proceso civilizatorio -la expansión ibérica- que aquí implantó sus retoños, con prodigiosa capacidad de crecer y multiplicarse".

Darcy Ribeiro, 1993.

Los procesos de integración en el continente americano están girando en torno a tres grandes modelos que se entrecruzan continuamente pero que pueden tener significados y futuros diferentes: el proyecto panamericano, el iberoamericano y el latinoamericano. En cada uno de ellos, existe un cuestionamiento al modelo proteccionista de un solo Estado-nación, aunque cada estrategia difiere en el contenido y alcance de los objetivos supranacionales. El primero ha dado tradicionalmente una gran importancia a la integración económica bajo el liderazgo de los Estados Unidos; los dos últimos parten del hecho de una identidad cultural forjada en varios siglos para aspirar a un desarrollo más equilibrado que pueda propiciar una mejor distribución de la riqueza nacional.

* Mexicano. Profesor en la Universidad de Guadalajara, México. Licenciado en Sociología por la Universidad de Guadalajara. Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Guadalajara. Sus líneas de investigación abordan El Sindicalismo en México, Problemas Políticos en Centroamérica, Procesos de Identidad e Integración en Latinoamérica.

El primer modelo tiene su origen en la conferencia panamericana convocada por los Estados Unidos, realizada en 1889 y que tiene su prolongación en la Iniciativa de las Américas del expresidente George Bush y cuyo intento de concreción se manifiesta en el proyecto de la Alianza del Libre Comercio de las Américas (ALCA) preconizada por el gobierno de Bill Clinton tanto en la Cumbre de las Américas de 1994 en Miami como en la II cumbre en Santiago de Chile en 1998. Dentro de estas cumbres, los países convocados fueron los de todo el continente americano con excepción de Cuba (por la supuesta razón de no ser un país democrático): Argentina, Bolivia, Brasil, Canadá, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Estados Unidos, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, El Salvador, Uruguay, Venezuela, junto con los países caribeños Antigua y Barbuda, Bahamas, Barbados, Belice, San Cristobal y Nevis, Dominica, Grenada, Guyana, Jamaica, Santa Lucía, Surinam, Trinidad y Tobago, San Vicente-Granadinas [Cfr. Mapa 1].

El segundo se expresa en las cumbres iberoamericanas que empezaron a partir de 1991 en Guadalajara, México, y que han continuado año con año hasta el momento presente.¹ Estas cumbres conjuntan a los presidentes y jefes de gobierno de 19 países latinoamericanos junto con España y Portugal, resaltando una comunidad cultural en la parte del continente americano que viene de los tiempos de la colonia a partir del encuentro de dos mundos. En estas cumbres, tenemos a 21 países convocados: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay, Venezuela, España y Portugal. Por su cultura y su origen hispanoamericano, el Prof. Tomás Calvo Buezas, en su texto sobre "La patria común iberoamericana" [Calvo B., 1998], incluye también a Puerto Rico [Cfr. Mapa 2].

¹ Las Cumbres Iberoamericanas comenzaron en Guadalajara, México, en 1991, y han perdurado anualmente: Madrid, España, en 1992; Salvador de Bahía, Brasil, en 1993; Cartagena de Indias, Colombia, en 1994; San Carlos de Bariloche, Argentina, en 1995; Viña del Mar, en Chile, en 1996; Isla Margarita, en Venezuela, en 1997; Oporto, en Portugal, en 1998; la programada en La Habana, Cuba, en 1999.

El tercer proyecto parte del sueño de Bolívar sobre la gran patria hispanoamericana y portuguesa en donde se concibe una unión de repúblicas con el reto de enfrentar su propio desarrollo independiente de España y los peligros del destino manifiesto de Norteamérica a partir de la doctrina Monroe en 1823. El nombre general que fue logrando la identidad de estas naciones fue el de América Latina, introducido por los franceses, pero aceptado en la terminología oficial de los Estados y en el lenguaje común de los pueblos. Las 21 naciones latinoamericanas son las siguientes: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay, Venezuela, incluyendo también de manera expresa a Haití y a Puerto Rico [Cfr. Mapa 3]. Roberto Fernández Retamar utiliza el término de manera más amplia porque "incluye no sólo a pueblos de relativa filiación latina, sino también a otros, como los de las Antillas de lengua inglesa u holandesa y, por supuesto, los grandes enclaves indígenas" [En Zea, 1993:300]. La visión de Bolívar tuvo su continuidad en el pensamiento de José Martí a finales del siglo XIX (aunque él utilizó el concepto de "Nuestra América" para expresar el conjunto de países que van de la tierra del fuego al río Bravo, puesto que ya los Estados Unidos se habían apoderado de gran parte del territorio antiguo mexicano), en donde se planteaba todavía el deseo de la independencia frente a las potencias coloniales (España, de manera particular con Cuba) y la no sujeción al poder neocolonial de los sajones representados por Estados Unidos.

Alrededor de estas visiones globales de integración, existen actualmente diversos proyectos, varios desde una perspectiva regional, que destacan no solo por afinidades culturales específicas dentro del continente sino también por acuerdos concretos en el ámbito económico y político. Entre ellos se encuentra el Mercosur (Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay), la integración centroamericana (Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y eventualmente Panamá), la Cumbre del Caribe (25 países miembros y 11 asociados), el Pacto Andino (Colombia,

Venezuela, Ecuador, Perú, Chile) y el grupo de los tres (México, Venezuela y Colombia). Además, por la importancia con que se ha presentado en el ámbito mundial, hay que nombrar también el Tratado de Libre Comercio entre México, Estados Unidos y Canadá (también conocido como NAFTA: north american free trade agreement) por constituir una propuesta de los Estados Unidos para enfrentar en mejores condiciones la integración europea y los acuerdos del área Asiática. También hay que hacer notar el intento de Europa por ampliar sus vínculos de integración con el continente americano, sin incluir a los Estados Unidos y Canadá, como lo demuestra el proyecto de la primera Cumbre de la Unión Europea-América Latina y el Caribe, que se realizará en 1999 en Brasil.

En todo este conjunto de proyectos, existen dos visiones al interior del continente que se han ido consolidando, y sobre las cuales uno se pregunta si pueden ser complementarias o tienen contradicciones insalvables. Arturo Ardao las ha definido como "panamericanismo y latinoamericanismo", que son perspectivas que tienen sus raíces en el siglo XIX, representando dos proyectos totalmetne contrapuestos: "panamericanismo derivó de Pan America, término forjado en estados Unidos en 1889, y latinoamericanismo, de América latina o Latinoamérica, vocablo que remonta a 1836, en Francia" [Ardao, en Zea, 1993:157].

De acuerdo al planteamiento de la primera Conferencia Panamericana, convocada por los Estados Unidos en 1898 y a la que acudieron 17 países del continente, se trata de un proyecto de integración referido sobre todo a tratados comerciales y económicos; tales conferencias continuaron realizándose en años y décadas posteriores como por ejemplo la IV realizada en 1910 en Buenos Aires (que consagró el nombre de Unión Panamericana), la V Conferencia Panamericana en 1928 en Santiago, y la celebrada en Montevideo en 1933. En la práctica, se observa claramente la visión protagonista y subordinante de Norteamérica en un intento que pretendía impedir o controlar los vínculos de América Latina con Europa para hacer prevalecer el ingreso de sus productos comerciales abriendo los mercados de los países americanos. De

hecho, desde la celebración de esa primera conferencia se abrió en Washington una "Oficina Comercial de las Repúblicas Americanas", aprobada el 14 de Abril de 1890, con el objeto de compilar y distribuir cualquier dato comercial en el continente. Siempre ha permanecido la motivación real del panamericanismo inspirado por James Blaine: "Dicha motivación resultó de las perentorias necesidades comerciales de Estados Unidos, cada vez más urgido de mercados exteriores seguros para los excedentes de su joven industria en expansión" [Ardao en Zea, 1993:159].

Los lineamientos ideológicos de este proyecto panamericano se inscriben en la llamada doctrina Monroe, debido a que el presidente James Monroe de los Estados Unidos (1817-1825) sentó el principio de la no intervención de Europa en el continente americano en su mensaje al Congreso en 1823. España había ingresado en la Santa Alianza y se pensaba que podía intentar la recuperación de sus posesiones en América, que habían comenzado a convertirse en repúblicas independientes. El problema no era el carácter defensivo frente a las potencias europeas sino el carácter expansionista del gobierno de los Estados Unidos, autodeclarando su derecho a colonizar, a conquistar y intervenir en cualquier lugar de América. Tanto Bolívar como después José Martí advirtieron con insistencia del peligro que representaba el nuevo papel que querían asumir los Estados Unidos como tutela y policía del continente. El presidente norteamericano Wilson, a principios del siglo XX logró oficializar algunos puntos de la doctrina Monroe al introducirlos, por ejemplo, en el artículo 21 de la Carta de la Sociedad de las Naciones: Estados Unidos se sentía con derecho a intervenir en los asuntos internos de Latinoamérica con objeto de restablecer el orden interno o para defender los intereses de ciudadanos norteamericanos. La doctrina Monroe empezó a manifestarse en la expresión "Destino manifiesto" desde 1845 para presentar la dominación norteamericana casi como un determinismo divino y geográfico: el mismo presidente norteamericano Buchanan, en un mensaje a las Cámaras legislativas de su gobierno, en 1857, quiso entronizar la doctrina del Destino Manifiesto al hablar del "imperialismo de raza".

Este tipo de panamericanismo tomó tintes dramáticos con el intervencionismo del republicano Theodore Roosevelt² y su política del Big Stick, y siguió permaneciendo su espíritu en posiciones aparentemente más blandas como la del demócrata Franklin D. Roosevelt (1882-1945), reelecto presidente de E.U. en dos ocasiones (en 1936 y 1940), quien proclamó para los países de América su política de buena vecindad. El término panamericano, sin embargo, fue perdiendo cierta vigencia en el siglo XX por su vinculación con las políticas intervencionistas y por la legitimación que fue ganando el principio de no intervención; de hecho, los Estados Unidos fueron sustituyéndolo por el término "interamericano" después de la segunda guerra mundial, sobre todo con la creación en 1948 de la Organización de Estados Americanos; la vieja organización de la Unión Panamericana se transformó en "Sistema Interamericano".

Para finales del siglo XX, la Iniciativa de las Américas del presidente George Bush y las Cumbres de las Américas en Miami (1994) y Santiago de Chile (1998), con sus especificidades y matices, representan una continuidad con el proyecto panamericano del siglo pasado. Bush había planteado la iniciativa de un Tratado continental de libre comercio, en donde un primer experimento se empezó a dar en el proyecto del Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Canadá y México. De manera particular, "la Cumbre de las Américas, que reunió a 34 jefes de Estado del continente americano entre el 9 y el 11 de diciembre de 1994 en Miami, Florida, fue la plataforma que sirvió para relanzar la política estadounidense hacia Latinoamérica, en la que se afina el plan de integración económica continental mediante los acuerdos de libre comercio" [Preciado y Rocha, 1997:70]. El sello particular de Estados Unidos se encontraba en la exclusión unilateral de Cuba, al ser acusada de ser un país no regido por las reglas de la democracia occidental; la misma exclusión persistió en la II Cumbre de las Américas, en Santiago de Chile, del 18 al 20 de Abril de 1998, con los representantes de los mismos 34

² T. Roosevelt era vicepresidente de Estados Unidos en 1900. Cuando el presidente McKinley fue asesinado, ascendió a presidente y fue reelecto en 1904.

países, aunque con la novedad de que varios jefes de estado latinoamericanos insistieron en la necesidad de la presencia de la isla caribeña en el marco de la integración sobre todo para la programada III Cumbre de las Américas a realizarse en un futuro en Canadá. Pero lo novedoso de la II Cumbre fue el paso de la retórica de un proyecto continental de integración hacia la realización de medidas concretas y tangibles del proceso hacia una alianza de Libre Comercio de las Américas (el ALCA), cuyas negociaciones deben concretarse en el año 2005: préstamos del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y de la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID) por un monto global de 45.5 billones de dólares para educación, democracia, derechos humanos, en un esfuerzo global de integración que se enfoca también a combatir la pobreza y la discriminación. Se estableció, además, un comité de negociaciones comerciales con un calendario bien determinado de varias reuniones anuales a partir de junio de 1998, con 9 grupos particulares de negociación.

La posición ideológica panamericana representada en las Cumbres de las Américas ha querido dejar atrás las posturas del Destino Manifiesto para presentarse no sólo como un proyecto de integración económica y comercial sino también como una alternativa para el desarrollo al vincular, por primera vez, el postulado del libre comercio con la necesidad de combatir la pobreza, fortalecer la educación, la democracia y el respeto a los derechos humanos. Esta postura es la que motivó al presidente Clinton a comparar los propósitos de la primera Cumbre de las Américas con los postulados de Bolívar sobre la gran patria americana.

El nuevo panamericanismo y su intento de superar las fronteras nacionales con el libre comercio, ¿puede ser la reedición del antiguo bolivarismo? Si nos atenemos a las intenciones explícitas del documento final de la II Cumbre de las Américas, podríamos decir que existen elementos de convergencia con el latinoamericanismo; los 34 gobiernos asistentes declararon tener "la voluntad de impulsar un proceso de integración hemisférica permanente"... "hemos decidido que la educación sea un tema

central... La educación constituye el factor decisivo para el crecimiento político, social, cultural y económico de nuestros pueblos"; "la fuerza y sentido de la democracia representativa residen en la participación activa de los individuos en todos los estratos de la vida ciudadana"; "el respeto y promoción de los derechos humanos y de las libertades fundamentales de todos los individuos constituye una preocupación primordial de nuestros gobiernos"; "la superación de la pobreza sigue siendo el reto más grande al que se enfrenta nuestro hemisferio". Pero si nos atenemos a la actuación histórica real y permanente de los gobiernos de Estados Unidos en relación a Latinoamérica, existen motivos bien fundados para desconfiar,³ igual que lo hicieron Bolívar y Martí, del proyecto panamericano hoy expresado en la perspectiva del ALCA. Basta con recordar las numerosas intervenciones militares de los Estados Unidos en los países latinoamericanos durante el siglo XX, cuya última expresión fue la invasión a Panamá en 1989; la política exterior del gobierno de Reagan en Centroamérica con todas las secuelas de guerra regional; la continuidad de una política económica en inversiones y en cobro de intereses de deuda externa en donde se comprueba que el gobierno norteamericano no ha tenido amigos sino intereses, etc.

El otro modelo de integración es la visión latinoamericanista, cuyos primeros elementos los empezó a aportar Francisco de Miranda con su idea de la "Gran Colombia", que es "el nombre en español, propuesto y agitado como bandera revolucionaria por el Precursor Miranda, desde fines del siglo XVIII, para todo el continente hispanoamericano -pero sólo para él- en trance de sacudir el yugo colonial" [UNAM, 1986:39]. El primer manifiesto revolucionario de Miranda se llamó "Proclamación a los Pueblos del Continente Colombiano, alias Hispanoamérica"; el periódico que editó en

³ En una carta diplomática oficial, en 1862, el gobierno de Costa Rica le decía al gobierno las siguientes palabras, sobre las relaciones de los Estados Unidos con las naciones latinoamericanas: "No siempre rigen los destinos de la gran República hombres moderados, justos y probos, como los que forman la Administración Lincoln; allí hay partidos cuyas doctrinas pueden ser fatales para nuestras mal seguras nacionalidades, y no debemos echar en olvido las lecciones del tiempo pasado" [citado en Zea, 1993:165].

Londres en 1810 se llamaba El Colombiano. Sin embargo, en la práctica, el nombre de Colombia quedó reducido a Venezuela y Nueva Granada (lo que hoy es Venezuela, Colombia, Panamá y Ecuador), mientras que Bolívar en su propuesta de unión de repúblicas empezó a proponer diversos nombres como América, América del Sur, América meridional, América antes española. La convocatoria de aquel congreso continental en Panamá propuesto por Bolívar es el primer antecedente de proyecto sobre unidad y soberanía de esta parte de América.

Fracasó el sueño continental de Bolívar en términos políticos; así lo confiesa Francisco Bilbao en 1856: "la idea de la Confederación de América del Sur, propuesta un día por Bolívar, intentada después por un Congreso de Plenipotenciarios de algunas de las repúblicas, y reunido en Lima, no ha producido los resultados que debían esperarse. Los estados han permanecido desunidos" [Bilbao en UNAM, 1986:54], y él mismo habla en 1865 sobre su fe en los destinos de "la raza latinoamericana", con el objeto de "desarrollar la república, desvanecer las pequeñeces nacionales para elevar la gran nación americana, la Confederación del sur" [*Idem*, UNAM, 1986:59]. A mediados del siglo XIX había empezado a gestarse el nombre de América Latina, en donde no solamente se reafirmaba la independencia frente a España sino también frente a la voracidad de los norteamericanos, que bien la habían mostrado al arrebatarle a México los territorios de Texas, Nuevo México, Arizona y California. Decía el historiador Benjamín vicuña Mackenna en 1856: "seamos sudamericanos frente a la América del Norte" [citado en UNAM, 1986:50].

Aunque el nombre de "América Latina" nos vino de Francia, se fue arraigando para significar al conjunto de naciones de habla hispana y portuguesa, añadiéndose también la república de Haití. Uno de los pioneros que sobresalieron en esta denominación fue el colombiano José María Torres Caicedo: "Ya en 1861, después de haber usado esporádicamente durante varios años la expresión América Latina, lanzó Torres Caicedo las bases para la creación de una Liga Latino Americana. Siguió a ello la

publicación en 1865 -también en París, para hacer prédica de la misma idea- de su libro *Unión Latinoamericana...*” [Citado en Zea, 1993:162], que es el primero del que se tiene noticia con ese concepto. Torres Caicedo daba una visión de independencia, con carácter defensivo frente al imperio del Norte y otras potencias europeas al confrontar el proyecto de la América anglosajona y la América Latina. “Siendo el verdadero fundador de ese latinoamericanismo, torres Caicedo fue además su apóstol hasta los últimos años de su vida. Por coincidencia simbólica, falleció en 1889, año de la consagración del panamericanismo, contra cuya idea se opuso enérgicamente desde la primera tentativa de Blaine” [Idem en Zea, 1993:162]. No se trataba de una confrontación total entre las dos Américas dentro del continente, puesto que el panamericanismo en sí mismo no es una aberración por la vecindad geográfica, sino de un proyecto de autonomía frente a los designios imperiales del Destino Manifiesto; deseaba Torres Caicedo: “que la amistad más estrecha y más cordial reine entre la América del Norte y las repúblicas latinoamericanas; pero a condición de que sea en el seno de la igualdad, de la reciprocidad, de la lealtad” [Idem en Zea, 1993:163].

La expresión de “América Latina” también la utilizó Eugenio María de Hostos desde 1868 y la reafirmó sobre todo en un artículo así titulado “La América Latina” en 1874, prefiriendo este concepto frente a la propuesta de otros como Colombia o Hispanoamérica.

No se trataba solamente de una concepción ideológica. La propuesta de Francisco Bilbao quería concretarse en la formación de un Congreso Americano, en donde con representantes de cada una de las repúblicas, se podría llegar a la declaración de una ciudadanía común, a la formulación de un código internacional, a un pacto de alianza federal y comercial, a la abolición de las aduanas interamericanas, a la creación de un tribunal internacional, a un sistema de educación común, a la creación de una universidad americana, a la formación de unas fuerzas militares comunes en caso de agresión de alguna potencia extranjera.

José Martí profundizó en la concepción latinoamericana a través de su propio concepto: Nuestra América, concibiendo dentro de ella a los países hispanoamericanos y portugueses que están entre el río Bravo y la tierra del fuego. Su postura acentúa la independencia dada la situación del proceso de Cuba queriendo separarse de España pero sin caer en las garras del imperialismo norteamericano: “Ni el libro europeo, ni el libro yankee, daban en la clave del enigma hispanoamericano... El deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante... La generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por padres sublimes, la América trabajadora: del Bravo a Magallanes” [Martí en UNAM, 1986:127-29]. Su propósito fue valorar la identidad de los pueblos americanos frente a los europeos y norteamericanos, sobre todo en el contexto del texto del argentino Sarmiento quien, en su texto sobre “Civilización y barbarie”, asemejaba a los europeos con la civilización y a los americanos con la barbarie y el salvajismo; Martí afirmaba: “No hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas” [AUNA, 22 marzo 1999]. A él, precisamente, le tocó enfrentar el surgimiento de la concepción panamericana; a la Conferencia organizada por el gobierno norteamericano en 1989 la calificó como “el planteamiento desembozado de la era del predominio de los Estados Unidos sobre los pueblos de América” [Martí, en Zea, 1993:169].

La idea sobre lo latinoamericano se amplió y se profundizó en el siglo XX. No sólo se expresó en los nombres de sociedades, libros, revistas, congresos, etc. sino que empezó también a tomar forma de proyecto político. En la década de los años 20, César Augusto Sandino (1893-1934) en Nicaragua retomó el sueño de Bolívar en su propuesta de una alianza y nacionalidad continental latinoamericana. Para su época era evidente que el mayor peligro venía de la América anglosajona, teniendo en cuenta el atropello cometido por los norteamericanos en el tratado a perpetuidad en donde Panamá cedía parte de su territorio para la construcción del canal interoceánico en 1903. Sandino, enfrentando también la invasión de los estadounidenses a Nicaragua, manifestaba en 1929

como inaplazable “la alianza de nuestros estados latinoamericanos para mantener incólume esa independencia frente a las pretensiones del imperialismo de los Estados Unidos de Norte América, o frente al de cualquier otra potencia a cuyos intereses se nos pretenda someter...; nada más lógico, nada más decisivo ni vital que la fusión de los 21 estados de nuestra América⁴ en una sola y única nacionalidad latinoamericana” [AUNA. 29 marzo 1999].

La propuesta de Sandino impulsaba la abolición de la Doctrina Monroe y buscaba la concreción de la alianza en “una sola nacionalidad denominada nacionalidad latinoamericana, haciéndose de ese modo efectiva la ciudadanía latinoamericana” [*Idem*]. Otros elementos de su propuesta estaban en la constitución de una corte de Justicia Latinoamericana, en la organización de un Ejército continental con fuerzas de mar y tierra entre los 21 estados, la formación de un comité de banqueros latinoamericanos que podría eventualmente adquirir el dominio del Canal de Panamá para transferirlo a la nacionalidad latinoamericana, unificar las tarifas aduanales de los 21 estados, otorgar franquicia para todas las expresiones de cultura, la adopción de un lema común: “Por mi raza, hablará el espíritu”.

El proyecto sandinista representaba en un primer momento solamente una alianza de Estados soberanos pero en la perspectiva posible de una confederación hacia el futuro. “No hemos intentado la exposición de un plan fantástico y aventurado, sino que, interpretando nuestra realidad, nos hemos esforzado por hacer de este proyecto algo efectivo y capaz de afrontar la solución de nuestros problemas más inmediatos afrontando antes que nada la necesidad imperativa de realizar la unánimemente ansiada Alianza Latinoamericana, ... Proponemos una alianza y no una confederación de los 21 estados de nuestra América... Esta no es la culminación de nuestras aspiraciones.

⁴ En la visión de Sandino, los 21 estados de América Latina eran los siguientes: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Haití, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, Panamá, Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela. Este planteamiento coincide con la tradicional concepción de Latinoamérica: los países hispano hablantes del continente junto con Brasil y Haití. La inclusión de Puerto Rico será cuestionada en algunas ocasiones no por su tradición cultural sino por su condición aceptada de Estado Libre Asociado de Norteamérica.

Constituye únicamente el primer paso en firme para otros venideros y fecundos esfuerzos de nuestra nacionalidad... Mediten ellos (los seres humanos) en la necesidad vital que tiene nuestra América Latina de realizar una Alianza, previa a una Confederación de los 21 estados que la integran, asegurando de este modo nuestra libertad y nuestra soberanía interior amenazados por el más voraz de los imperialismos, para cumplir con el gran destino de la nacionalidad latinoamericana” [Sandino, en AUNA. 29 marzo 1999].

Aunque a fines del siglo XX todavía no es posible hacer referencia concreta a un proyecto político latinoamericano, es evidente que las ideas a su alrededor se han profundizado y expandido aun con reconocimiento universal. Hay que ver la utilización del término en el ámbito académico cultural pero también los proyectos de organizaciones internacionales con reconocimiento oficial como lo fue el caso de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) en 1948, la formación de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) en 1961, y la constitución del Sistema Económico Latinoamericano (SELA) en 1975. Por otro lado, en las dos últimas décadas del siglo XX, el aceleramiento de los procesos de globalización e integración, que no son prerrogativas de este continente, han dado pie también para volver a discutir, profundizar y actualizar el sueño de Bolívar sobre la gran patria americana; sin embargo, en la perspectiva de la integración, Bolívar ha sido citado tanto por Clinton en la Cumbre de las Américas con su propuesta del ALCA como por Fidel Castro, el Foro de Sao Paulo y otros organismos.⁵

A principios de siglo, la confrontación de proyectos era todavía evidente. El argentino José Ingenieros mencionaba en Buenos Aires, en 1922: “Creemos que nuestras nacionalidades están frente a un dilema de hierro. O entregarse sumisas y alabar la Unión Panamericana

⁵ Está en perspectiva, por ejemplo, la celebración del III Congreso Anfitriónico Bolivariano, los días 23, 24 y 25 de noviembre de 1999 en la ciudad de Panamá, declarándose herederos de la convocatoria de Bolívar al congreso de Panamá en 1826 y planteando la unidad de los pueblos latinoamericanos y caribeños: “El congreso anfitriónico Bolivariano es un espacio político donde se encuentran organizaciones e individuos que levantan las banderas de Unidad y Soberanía de América Latina y el Caribe” [Fernando Ramón Bossi, AUNA, 12 Abril 1999].

(América para los norteamericanos), o prepararse en común a defender su independencia, echando las bases de una Unión Latinoamericana (América para los latinoamericanos)” [En Zea, 1993:169]. La situación se hecho más compleja a fin de siglo. El nombre de panamericanismo ha decaído y ha sido sustituido por lo interamericano o su versión en las Cumbres de las Américas; lo latinoamericano, por su parte, ha seguido profundizándose y ampliándose sobre todo en coyunturas como las intervenciones militares estadounidenses (Dominicana en 1965, Granada en 1984, Panamá en 1989) o frente a problemas globales como la deuda externa en la década de los 80s, pero junto al contexto de confrontación política e ideológica, existe también un mayor consenso para buscar una convivencia pacífica entre vecinos aunque sean desiguales, buscando, por ejemplo, tratados comerciales que puedan representar beneficios para las partes signantes. Sin embargo, de manera específica, el TLC y el proyecto del ALCA, aunque tienen una lógica de integración, la presencia de los Estados Unidos manifiesta una lógica de hegemonía o dominación. Por ello, es natural preguntarse como lo hace Alberto Rocha: “¿La iniciativa para las Américas amenaza con jaque mate al proceso de integración regional de América Latina y el Caribe?” [Rocha en Preciado y Rocha, 1997:176]. Para él, resulta claro que la estrategia continental y hemisférica promovida por los Estados Unidos socaba los procesos de integración latinoamericana, por tres razones: “Primero, la incorporación de México en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte... significa el alejamiento de un país líder de Latinoamérica. Segundo, la propuesta de un ALCA debilita (¿anula?) A la ALADI, es decir, la propuesta de integración continental/hemisférica menoscaba el muy incipiente proceso de integración regional. Tercero, la invitación para integrarse rápidamente a países de desarrollo intermedio (como Chile) socaba los procesos de integración subregional” [*Idem*].

En todo este proceso, desde una perspectiva global, ha resaltado también la iniciativa de las Cumbres Iberoamericanas, pero como una estrategia que se suma al proyecto latinoamericano. En ellas, hay que resaltar, primero, que su surgimiento y desarrollo se ha ido realizando sin la convocatoria y participación institucional

de los Estados Unidos; en segundo lugar, junto a los países latinoamericanos aparecen España y Portugal en una convergencia casi natural, fortaleciendo la herencia cultural proveniente del idioma y de las relaciones históricas de varios siglos; en tercer lugar, dada la actual situación económica y política de España y Portugal, no se puede concebir algún tipo de imperialismo o dominación de sus gobiernos en el contexto de las cumbres iberoamericanas, puesto que su papel es percibido más como puente de mayores vínculos y relaciones con otros países, especialmente con el resto de Europa. En este sentido, “las cumbres iberoamericanas están llamadas a jugar un papel mucho más importante si tenemos en cuenta que pueden constituir un elemento diferenciador de las propuestas norteamericanas y un elemento complementario y enriquecedor de las iniciativas europeas” [Tomás Malo, en AUNA, 26 abril 1999].

“La construcción de la comunidad iberoamericana, más fraternal y solidaria, constituirá el desafío del próximo milenio”, dice Tomás Calvo Buezas al hablar de la patria común [*Cfr.* Calvo, 1998:19], y con ello se puede hacer referencia a la realidad que señalaba la declaración de la I Cumbre en Guadalajara en 1991: “representamos un vasto conjunto de naciones, que comparten raíces y rico patrimonio de una cultura fundada en la suma de pueblos, credos y sangres diversas. A 500 años de distancia de nuestro primer encuentro, y como uno de los grandes espacios que configuran el mundo de nuestros días, estamos decididos a proyectar hacia el tercer milenio la fuerza de nuestra comunidad”. La convergencia de los dos proyectos, el ibero y el latinoamericano, se han hecho presentes en este tipo de cumbres proyectando un tipo de integración más horizontal: “junto a la afirmación de variedad nacional, étnica, política, geográfica, hay que afirmar la unidad de América Latina, que es una coordinada de identificación que liga y da una totalidad convergente a todo ese mosaico variado de múltiples culturas, étnicas, naciones y pueblos. Y en esa síntesis cultural-histórica, también hay que situar -siempre como hermanas iguales- a Portugal y España” [Calvo, 1998:21].

Si consideramos finalmente los tres modelos en conjunto, podemos concluir que todos están presentes en el debate contemporáneo. El americano (o antes panamericano) parte de la vecindad geográfica y con el impulso de la gran potencia económica del gobierno norteamericano; sin embargo, no se puede decir que tiene como punto de partida una identidad cultural entre hispanohablantes y anglosajones (aunque al interior de los Estados Unidos se esté forjando esa mezcla de latinos y norteamericanos que toman el nombre de "chicanos" y que pueden llegar a ser alrededor de 20 millones de habitantes). El modelo ibero y latinoamericano tienen una convergencia histórica precisamente en una fuerte identidad cultural (siempre en proceso cambiante pero existente), que es una condición facilitadora para procesos de integración en ámbitos económicos y políticos, pero con la esperanza de lograr una interrelación no subordinada con el vecino del norte, y que a la postre tenga repercusión en una mejor distribución de la riqueza social.

La integración así tiene diversos caminos, pero es la oportunidad de retomar el sueño de Bolívar en las nuevas condiciones históricas; más que la dispersión del siglo XIX, ahora existe un proceso de convergencia de nuestras Repúblicas que podemos aprovechar en la visión latinoamericana.

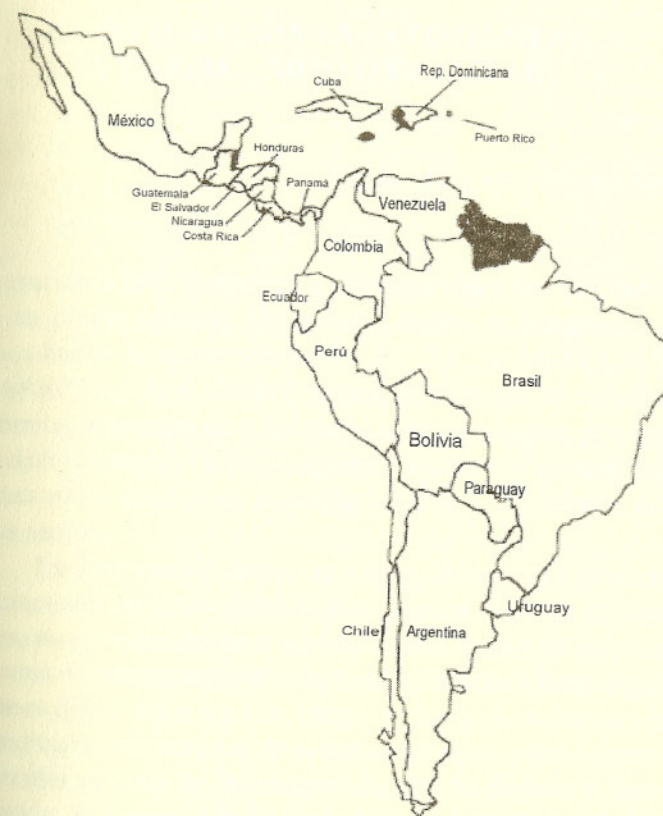


Mapa 1: LA CUMBRE DE LAS AMERICAS

Argentina, Bolivia, Brasil, Canadá, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Estados Unidos, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, El Salvador, Uruguay, Venezuela, Antigua y Barbuda, Bahamas, Barbados, Belice, San Cristóbal y Nevis, Dominica, Grenada, Guyana, Jamaica, Santa Lucía, Surinam, Trinidad y Tobago, San Vicente-Granadinas.



Mapa 2: LA COMUNIDAD IBEROAMERICANA
Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay, Venezuela, España y Portugal. Se incluye también a Puerto Rico.



Mapa 3: AMERICA LATINA
Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay, Venezuela, incluyendo también de manera expresa a Haití y a Puerto Rico.